



Luciano Nosetto | Tomás Wieczorek
[directores]

Métodos de teoría política

Un Manual



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



CLACSO

MÉTODOS DE TEORÍA POLÍTICA

UN MANUAL

Métodos de teoría política: un manual / Luciano Nosetto... [et al.] ;
dirigido por Luciano Nosetto; Tomás Wiczorek.- 1a ed.- Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Instituto
de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2020.
Libro digital, PDF - (IIGG-CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-29-1888-4

1. Teorías políticas. 2. Filosofía política. I. Nosetto, Luciano, dir. II.
Wiczorek, Tomás, dir.

Otros descriptores asignados por la Biblioteca virtual de CLACSO:
Teoría política / Ciencia Política / Historia de las ideas / Historia
intelectual / Historia conceptual / Hermenéutica / Fenomenología
/ Arqueología / Genealogía / Deconstrucción / Teoría crítica /
Metodología

MÉTODOS DE TEORÍA POLÍTICA

UN MANUAL

Germán Aguirre
Alejandro Cantisani
Lucía Carello
Franco Castorina
Sofía Colias
Nicolás Fraile
Ramiro Kiel
Daniela Losiggio
Octavio Majul
Sabrina Morán
Luciano Nosetto
María Cecilia Padilla
Emilse Toninello
Tomás Wieczorek
Luca Zaidan



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | **GINO**
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



CLACSO



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Martín Unzué - Director

Carolina De Volder - Coordinadora del Centro de Documentación e Información

Rafael Blanco, Daniel Jones, Alejandro Kaufman, Paula Miguel, Susana Murillo, Luciano Nosetto,

Facundo Solanas, Melina Vazquez - Comité Editor

Sabrina González - Coordinación técnica

Eduardo Rosende - Editor

Luciano Viola - Fotos de tapa y contratapa

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Pte. J.E. Uriburu 950, 6° piso | C1114AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina | www.iigg.sociales.uba.ar



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO SECRETARÍA EJECUTIVA

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora Editorial

EQUIPO EDITORIAL

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-950-29-1888-4



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional

ÍNDICE

INSTRUCCIONES DE USO <i>Luciano Nosetto y Tomás Wiczorek</i>	9
HISTORIA DE LAS IDEAS <i>Franco Castorina y Tomás Wiczorek</i>	15
HISTORIA INTELECTUAL <i>Octavio Majul</i>	39
HISTORIA CONCEPTUAL <i>Germán Rodrigo Aguirre y Sabrina Morán</i>	61
HERMENÉUTICA <i>Nicolás Fraile y Ramiro Kiel</i>	85
COMPRENSIÓN DEL ACONTECIMIENTO <i>Lucía Carello y María Cecilia Padilla</i>	103
DECONSTRUCCIÓN <i>Daniela Losiggio y Luca Zaidan</i>	123
ARQUEOLOGÍA Y GENEALOGÍA <i>Sofía Colias y Emilse Toninello</i>	145
TEORÍA CRÍTICA <i>Alejandro Cantisani y Luciano Nosetto</i>	165
CUADRO ANEXO	180
SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES	183

Daniela Losiggio y Luca Zaidan

DECONSTRUCCIÓN

1. INTRODUCCIÓN

“¿Qué estás esperando para deconstruirte?”, “Me estoy deconstruyendo”, “¡Deconstrúyanse!” Estos son algunos ejemplos de preguntas, respuestas y consignas cuya pregnancia ha aumentado en los discursos recientes del feminismo y el movimiento LGBTQ+. Ya sea en la forma de imperativo, de necesidad colectiva o de jactancia individual, las alusiones a la deconstrucción se multiplican en los medios de comunicación, en las jergas militantes y en el lenguaje del sentido común de nuestra época. Este fenómeno conduce a la siguiente pregunta: ¿qué tan exactamente se corresponden estas menciones con los desarrollos que dieron origen y continuidad a la teoría de la deconstrucción? Pues veamos.

El término “deconstrucción”, de relativa novedad para la historia del pensamiento occidental, se atribuye a Jacques Derrida y se encuentra hoy asociado a una serie de operaciones filosóficas presentes en su obra, así como al pensamiento posfundacional, a las teorías poscoloniales, de la democracia radical, del populismo y de los estudios *queer*, entre otras. Derrida fue un filósofo de origen argelino, formado en Francia en la década de 1950, cuando —a través de la extendida popularidad de Maurice Merleau-Ponty y Jean-Paul Sartre— la fenomenología y el existencialismo dominaban el panorama académico. También Derrida inauguró su obra en el estudio de la fenomenología, publicando una traducción de *El origen de la geometría* de Edmund Husserl, acompañada de un análisis introductorio (1962). Como lo ha indicado él mismo, en aquel estudio puede encontrarse —en germen— su entera filosofía de la *différance* (Derrida, 1989a).

Derrida suele ser colocado al interior del “posestructuralismo”, nombre acuñado en Estados Unidos para agrupar una serie de autores, entre quienes se encuentran Michel Foucault, Julia Kristeva, Gilles Deleuze, Jean-Luc Nancy y Luce Irigaray. Se considera que sus estudios radicalizan preocupaciones provenientes del estructuralismo. El estructuralismo es una corriente de pensamiento inaugurada en Europa bajo el influjo del *Curso de lingüística general* dictado por el suizo Ferdinand de Saussure en 1916. Si bien este curso tuvo lugar en la década de 1910, fue recién a mediados de siglo que las premisas estructuralistas con las que Saussure analizó la lengua fueron adoptadas por toda una serie de investigaciones en humanidades y ciencias sociales. Así, el estructuralismo alcanzó su apogeo en la Francia de las décadas de 1960 y 1970 y constituyó un verdadero quiebre en el contexto epistemológico occidental del siglo XX. Su aporte más fundamental fue el de comprender fenómenos sociales de distinto tipo como si fuesen estructuras cuyos elementos se definen en virtud de las posiciones que ocupan al interior de este todo relacional. Esta concepción estructural deriva de la definición saussureana de lenguaje como un sistema compuesto por elementos llamados signos. La particularidad de los signos es que no presentan una relación esencial entre significante y significado. Al contrario, las unidades lingüísticas que componen la estructura se organizan a partir de una lógica relacional y diferencial. Esto es, cada signo cobra sentido solo en relación con todos los demás (Dosse, 1997: 48). El pensamiento estructuralista supone un enfoque formalista, lo que permitió extender y adaptar la teoría de Saussure hacia otras disciplinas y campos. Las aplicaciones más salientes fueron las de Claude Lévi-Strauss en antropología, Louis Althusser en filosofía marxista, Roland Barthes en literatura y Jacques Lacan en psicoanálisis (Dosse, 1997: 45).

Por su parte, el posestructuralismo constituyó un giro crítico al interior del mismo movimiento estructuralista. Es que los distintos autores y autoras comprendidos bajo este rótulo pusieron en cuestión, desde disciplinas diferentes, aspectos centrales del estructuralismo, principalmente el carácter rígido de los límites de la estructura, el formalismo y el binarismo. Y este giro crítico permitió que el posestructuralismo ampliara los horizontes de la teoría estructural precedente.

Existen esfuerzos de sistematización que coinciden en definir el derrotero posestructuralista por la vía de tres tesis. La primera tesis proclama la “muerte del hombre”. El posestructuralismo reintroduce en buena parte el problema del sujeto —soslayado por el estructuralismo—, que es descrito como el resultado de cadenas de significación.¹ La

1 Ver el tercer apartado de este capítulo.

segunda tesis es la de la “muerte de la Historia”. Los posestructuralistas niegan la premisa que sostiene la existencia de un *continuum* histórico, porque ella obtura la percepción de las discontinuidades, anacronismos y quiebres entre épocas o epistemes.² La última tesis pregona la “muerte de la metafísica”. El posestructuralismo denuncia el lugar privilegiado de la filosofía para “revelar” los centros o estructuras absolutas que se encontrarían “detrás” de lo aparente (Flax, 1991; Sarup, 1993). Derrida suele ser considerado el primer delegado de esta última tesis.

Precisamente, el primer motivo histórico para considerar a Derrida un posestructuralista deriva de un trabajo presentado en 1966 en un congreso organizado por la Universidad Johns Hopkins, en el que participaron varios pensadores franceses —entre ellos, Lacan y Barthes—, que coincidieron en impugnar la base metafísica del estructuralismo (Ferro, 2009). El trabajo de Derrida se ocupaba de analizar *Lo crudo y lo cocido* (1964) de Lévi-Strauss, subrayando los momentos en los que el texto dudaba de sí mismo y sospechaba de la exigencia teórica de remitir todo relato a una estructura estable (Derrida, 1989b: 395). En ese texto, Derrida desarrolla una categoría de discurso a tono con la época, muy especialmente cercano a los desarrollos foucaultianos contemporáneos. El discurso es una categoría atravesada por el poder: el intento por monopolizar el campo múltiple de la discursividad y fijar sentidos definitivos, esenciales, estables.

Existen autores que ven a los llamados posestructuralistas como quienes representan la cara filosófica de la posmodernidad. Según la difundida definición de Jean-François Lyotard, la posmodernidad es “la incredulidad con respecto a los metarrelatos” (1987: 4), una definición que bien podría abarcar las tres tesis mencionadas. Pero también se considera “posmodernos” a los neoconservadores norteamericanos como Daniel Bell o Peter Berger, quienes abogaron por una deposición de la razón ilustrada. La confluencia de posiciones filosóficas diversas en un mismo rótulo llevó a Jürgen Habermas —en un célebre y fustigado artículo— a tildar a Foucault y a Derrida de “jóvenes conservadores” y “anti-modernos”, acusándolos de propugnar teorías que se eximen de dar pruebas de verdad (1981: 13).

Tenemos aquí dos objeciones que ha despertado el posestructuralismo en general y Derrida en particular: el relativismo y el irracionalismo. En su renuencia a identificar verdades objetivas, apriorísticamente determinadas, la deconstrucción ha sido acusada en distintas oportunidades de incurrir en relativismo. Al negarse a definir criterios trascendentales capaces de dar con la Verdad (allí donde quiera que

2 Ver el capítulo sobre Arqueología y genealogía de este volumen, a cargo de Sofía Colias y Emilse Toninello.

esté) y con la verdad en su correspondencia con la realidad, Derrida se aparta decididamente del objetivismo, con lo que consigue ganarse sobradas críticas desde los sectores positivistas, aunque no exclusivamente. También la amenaza relativista colocó en alerta a teorías con una agenda emancipatoria (Benhabib, 1995). Este problema se hará presente en el apartado tercero de este capítulo, en el que vemos con atención el aporte de Judith Butler como estrategia para hacerle frente a esta cuestión.

En cuanto a la segunda objeción, el posestructuralismo no pretende colocarse fuera de la razón. La razón es considerada un lenguaje absoluto *de hecho* y, por eso, su refutación solo puede ocurrir desde su interior. Centrándonos en Derrida: si bien la deconstrucción del logocentrismo moviliza una crítica de la razón política moderna (Rossello, 2012), no es correcto afirmar su posicionamiento *contra* la razón. No solo él no habla contra la razón, sino que habla desde la razón, *en* ella; es un requisito fundamental de su estrategia filosófica:

La magnitud insuperable, irremplazable, imperial del orden de la razón, lo que hace que ésta no sea un orden o una estructura *de hecho*, una estructura histórica determinada, una estructura entre otras posibles, es que, contra ella, solo se puede apelar a ella, que solo se puede protestar contra ella en ella, que solo nos deja, en su propio terreno, el recurso a la estratagema y a la estrategia. (Derrida, 1989b: 54)

Tenemos por cierto que en la deconstrucción es posible rastrear un tipo de racionalismo: se trata para nosotros de saber cuál es esta “estrategia” a la que nos obliga “la magnitud imperial del orden de la razón”. De acuerdo con lo antedicho, proponemos el siguiente recorrido para este capítulo: en el próximo apartado quisiéramos presentar la noción de deconstrucción allí donde Derrida la comprende como una “estrategia” (término mucho más caro a su filosofía que el de “método”) que permite captar la “diferencia”, aquello que queda excluido de los esquemas estables del pensamiento. En el apartado tercero, rastreadremos las derivas teórico-políticas de la estrategia deconstructiva en las obras de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, en los aportes argentinos a los estudios populistas, en el pensamiento posfundacional, en los estudios poscoloniales y en la teoría de género de Judith Butler. Esta última dará una vuelta de tuerca a los aspectos políticos de la deconstrucción y ofrecerá una respuesta al peligro del relativismo derridiano para la agenda emancipatoria de subalternidades.

2. LA DECONSTRUCCIÓN, UNA ESTRATEGIA

Una de las primeras apariciones del término “deconstrucción” tiene lugar en *De la gramatología* (1967), más específicamente en relación con el pensamiento de Heidegger y Nietzsche. La doble aspiración de desplegar un pensamiento sistemático y no-metódico —se apunta— caracteriza positivamente las obras de estos autores. A ello sigue:

Los movimientos de deconstrucción no afectan a las estructuras desde afuera. Solo son posibles y eficaces y pueden adecuar sus golpes habitando estas estructuras. (...) Obrando necesariamente desde el interior, extrayendo de la antigua estructura todos los recursos estratégicos y económicos de la subversión, extrayéndoselos estructuralmente (...) [L]a empresa de deconstrucción siempre es en cierto modo arrastrada por su propio trabajo. (Derrida, 2003: 32)

En ese contexto, en el que no se buscaba dar mayor coherencia al término, la deconstrucción remitía, de un lado, a un conjunto de movimientos que *se producen* y, del otro, a una “empresa” filosófica. ¿Es la deconstrucción una operación filosófica que socava sus cimientos metafísicos? ¿O es más bien una estructura de pensamiento que intenta explorar sus grietas internas? La respuesta es afirmativa en ambos casos.

Ahora bien, la empresa deconstructiva supone una reinterpretación de los problemas estructurales de cada edificio filosófico (Caputo, 1987). Según lo explicó retrospectivamente Derrida, al utilizar esta palabra en aquellos primeros años, buscaba traducir los dos vocablos heideggerianos *Destruktion* y *Abbau*. No se trataba de términos negativos sino, en el primer caso, de la idea de “des-estructurar”, desmontar, revisar la etapa estructural del sistema y, en el segundo caso, desandar una edificación para analizar cómo y de qué está hecha (Peretti, 1989).

Tras la popularización del trabajo de Derrida en Estados Unidos, el concepto de “deconstrucción” se volvió moneda corriente. Los críticos literarios de Yale (H. Bloom, P. de Man, G. Hartman) le imprimieron una connotación negativa (en el sentido de una crítica tradicional) y lo confrontaron al entonces hegemónico *New Criticism* norteamericano.³

En paralelo al amplio interés por la deconstrucción y la proliferación de acepciones del término, entre las que se halla su sentido antimoderno, Derrida se esforzó por subrayar la no-negatividad de la operación y procuró dar especificidad a su interpretación. El concepto aparece utilizado con mucho mayor encauce en dos volúmenes publicados en 1972, *Márgenes de la filosofía* y *Posiciones*. En esta última compilación se habla explícitamente de una “estrategia general de la

3 De estos usos es conocido el volumen *Deconstruction and Criticism* (1979) en el que escribió un artículo el propio Derrida.

deconstrucción” dirigida a evitar, en el pensamiento filosófico, tanto la mera “neutralización de las oposiciones binarias de la metafísica” como “residir” en ellas, confirmándolas. La estrategia deconstructiva supone así una “escritura desdoblada”, “una *doble ciencia*” (Derrida, 1982: 41-42) en la que se juega el juego de las oposiciones establecidas (presentación y representación, lenguaje y escritura), se adoptan sus principios y sus reglas, y luego se exponen problemas para los que este esquema binario no tiene respuesta (Descombes, 1988). ¿Cuál es el sentido por el cual el pensamiento ha establecido que uno de los polos de la oposición es el fundamental y, el otro, el derivado? La inversión de las oposiciones devela un absurdo al mismo tiempo que desnaturaliza la jerarquización de un término sobre el otro. Pero todavía es necesario un paso más: que la deconstrucción ilumine mediante un nuevo concepto lo que aparecía opacado por la binarización. En palabras de Derrida,

[es necesario] atravesar una fase de inversión (...) Dar derecho a esta necesidad significa reconocer que, en una oposición filosófica clásica, no tenemos que vérnosla con la coexistencia pacífica de un *vis-à-vis*, sino con una jerarquía violenta. Uno de los dos términos se impone sobre el otro (...) Deconstruir la oposición significa, en un momento dado, invertir la jerarquía (...) La necesidad de esta fase [de inversión] es estructural y es por lo tanto la de un análisis interminable: la jerarquía de la oposición dual se reconstruye siempre (...) Dicho esto (...) también es necesaria, mediante esta escritura doble, (...) la emergencia irruptiva de un nuevo concepto (...) de lo que no se deja ya, no se ha dejado nunca, comprender en el régimen anterior. (1982: 41-42)

Estrategia general de la deconstrucción, entonces: (1) jugar el juego del sistema metafísico, (2) iluminar la oposición que lo constituye, (3) desneutralizar esa oposición (invertir los términos, mostrando la violencia que existe en esa jerarquización que se ha vuelto estable) y, finalmente, (4) señalar su afuera constitutivo mediante nuevos conceptos que describan aquello que permanece silenciado en el modelo filosófico deconstruido. No se trata de “la simple elección de uno de los términos”; más allá de la inversión, “hay que buscar nuevos conceptos y nuevos modelos, una *economía* que escape a este sistema de oposiciones metafísicas” (Derrida, 1989b: 32), pero —podríamos agregar— que surja de ellas, en ellas, en el desmontaje de las oposiciones.

Tomemos como ejemplo la oposición *varón/mujer*, en donde la subordinación del segundo término al primero ha caracterizado buena parte de la filosofía desde la Antigüedad hasta nuestros días. Incluso, si pensamos en una determinación moderna más compleja sobre el contexto epistemológico —la de un régimen cis-heteropatriarcal—, también

podríamos hablar de la oposición *heterosexualidad/homosexualidad*. En cualquier caso, no es suficiente con invertir la jerarquía de los términos y poner de relieve el violento mecanismo que ella supone. Tras ese “primer paso”, la deconstrucción opera, lo hemos dicho, forjando nuevos conceptos capaces de salirse de esa composición binaria, nombrando el exterior constitutivo de la dicotomía en cuestión. Aquí es notorio el lugar que ha ocupado el concepto *queer* en las últimas décadas y, en un pasado más inmediato y local, las categorías de “no binario”, “no binarie”, “no binarix” que procuran indicar la multiplicidad sexogénica y de la orientación del deseo (la referencia a Judith Butler en el siguiente apartado permitirá ahondar en esta cuestión).

Como es bien sabido, Derrida nunca fue adepto a la noción de “método”, al que comprendía como una suerte de “receta de fácil aplicación que asegura un resultado avalado por la ciencia” (Ferro, 2009: 102), un programa “objetivable” por las ciencias sociales (Derrida, 1988: 38). Pese a esta concepción muy ajustada de la noción de método, Derrida sí creía que en su propia filosofía existía un procedimiento, un conjunto de “reglas generales” pasibles de ser transportadas “por analogía”. Ahora bien, “estas reglas se encuentran recogidas en un texto cuyo elemento es cada vez único y, ahí, no se puede dejar metodologizar totalmente” (Derrida, 1992, cit. en Álvaro, 2017: 20). Solo en este sentido bien específico es posible hablar de un método derridiano. En cada texto, entonces, aparecen particularidades de cada estrategia deconstruktiva.

2.1. LA DIFERENCIA

Echemos un vistazo de la deconstrucción en acto. Entre la introducción a *El origen de la geometría* (1962) y *De la gramatología* (1967), Derrida bosqueja su concepto de “diferencia” (*différance*), una invención conceptual que designa un problema estructural de ciertos sistemas filosóficos, a saber, la “metafísica de la presencia”.

En la fenomenología husserliana existe un “principio de los principios”, la posibilidad de distinguir entre, por un lado, el original (la intuición o donación originaria de la cosa de “carne y hueso”) y, por otro lado, la copia (producto de una intención consciente, no colmada por la intuición); o la vivencia silenciosa (o presentación) y su expresión (o representación). Derrida propone una rarificación del privilegio que la fenomenología le otorga al presente (a la presentación), más específicamente, al encuentro entre la consciencia y el sentido. La primera “inversión” deconstruktiva del pensamiento derrideano la hallamos, entonces, en la oposición origen vs. copia. La “donación originaria”, la intuición fenomenológica, ¿no estará demorada respecto de la representación? La palabra *différance* acentúa el doble sentido

de la diferencia: lo que “no es idéntico” y lo “diferido” en el tiempo, lo demorado (Descombes, 1988: 190). Refiere a la imposibilidad de que el origen (intuición originaria) pueda ser comprendido como originario “la primera vez” que tiene lugar. Si solo tuviese lugar una vez, pues el origen no sería originario. Es porque existe una segunda vez que el origen se revela como tal. La segunda vez —la que ha sido interpretada siempre como “la representación”, como la copia— es la que vuelve originario al origen.

Esta tesis resuena en su versión semiológica, “en el comienzo, el signo”, propuesto en *De la gramatología* (1967). En el *Curso de lingüística general*, Saussure rechaza el divorcio entre significante y significado, ya que, según lo entiende, ese divorcio responde al modelo metafísico de la oposición jerárquica entre alma y cuerpo. Derrida celebra ese impulso, pero señala que, pese a ello, Saussure recae en la metafísica cuando excluye la escritura del sistema lingüístico (por considerarla mera representación, notación gráfica del logos):

Al proponerse por tema “la representación de la lengua por la escritura”, Saussure comienza por plantear que la escritura es “por sí misma extraña al sistema interno” de la lengua. Externo/interno, imagen/realidad, representación/presencia, tal es la vieja rejilla a la que se confía la responsabilidad de esbozar el campo de una ciencia. (Derrida, 2003: 44)

Pero este prejuicio puede invertirse: ¿no es el signo gráfico el que expresa mejor que ningún otro que en realidad no existe significante puro, que todo significante es significado de otro significante y así infinitamente? La metafísica, no obstante, requiere de esto ausente, de la copia, de la representación y lo bastardo para poder distinguirse. Permanentemente la metafísica está borrando la “huella” de lo ausente. Lo ausente es huella de aquello que marca los límites de la presencia.

La deconstrucción es una dialéctica que no resuelve. Si la filosofía es siempre (eidéticamente, necesariamente) “pensamiento de la presencia”, la deconstrucción es su otro constitutivo. No le es ajena, pero sí paralela: se encuentra tras las huellas de lo ausente (Derrida, 1994: 71). De allí que la deconstrucción pueda llamarse “doble ciencia”, porque no es contraria de la metafísica, no la niega, no la refuta, no se funde en ella, sino que echa mano de los principios de esta metafísica para deconstruirlos (Culler, 1998: 81).

2.2. LA DECONSTRUCCIÓN COMO LO NO VOLUNTARIO: UNA ADVERTENCIA

Ya en *Memorias para Paul de Man* (1984) y *Carta a un amigo japonés* (1985) Derrida expresa un fastidio con el término “deconstrucción”.

Se apunta en estos escritos que la deconstrucción no debería ser equiparada con la crítica literaria, tal como es utilizada por el propio Paul de Man, entre otros. Tampoco debería ser contrapuesta al término “construcción” (*vide supra*). Por último y más fundamentalmente, para Derrida la deconstrucción no debe ser pensada como la agencia de un sujeto voluntarista, que puede tomar la decisión de llevarla adelante.

A lo largo de su obra, Derrida fue cada vez más explícito en remarcar que la deconstrucción rechaza la idea de un movimiento voluntario o de un sujeto voluntarista, capaz de deconstruir o deconstruirse; la deconstrucción filosófica no responde a la decisión individual, a la elección racional o a la autonomía, sino que es del orden del acontecimiento: ella es posible porque lo deconstruible ya se encuentra en deconstrucción, tambaleándose. Tampoco es viable establecer una gradación que pueda definir criterios objetivos para diferenciar lo “más deconstruido” de lo “menos deconstruido”. Así, los mandatos o formulaciones imperativas que instan a los sujetos a deconstruirse —como si esto fuera posible, como si dependiera de la capacidad de agencia— no parecen condecirse con la filosofía derridiana.

En una etapa bien avanzada de su obra (y de su vida), luego de revisar ciertas posiciones pasadas, Derrida llegó incluso a descartar la idea de la deconstrucción como “estrategia”, como un conjunto de reglas o procedimientos:

... es preciso, asimismo, señalar que la deconstrucción no es siquiera un acto o una operación (...) No solo porque no corresponde a un sujeto (individual o colectivo) que tomaría la iniciativa de ella y la aplicaría a un objeto, a un texto, a un tema, etc. La deconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera de la modernidad. *Ello se deconstruye*”. (Derrida, 2016: 139)

3. LA DECONSTRUCCIÓN PARA LA TEORÍA POLÍTICA

Autores como Richard Rorty, John Caputo y —en Argentina— Ana Penchaszadeh, han señalado con buen tino cómo la obra de Derrida contiene preocupaciones atinentes a la política, tales como las relaciones entre justicia y violencia o el don y la hospitalidad (Biset, 2013; Penchaszadeh, 2011). A los fines teóricos de este capítulo, conviene sin embargo adoptar la perspectiva de autores como Richard Beardsworth y Emmanuel Biset, para quienes el mayor aporte derridiano a la teoría política debe evaluarse por el impacto de la deconstrucción en una serie de reflexiones que prorrogaron esta estrategia filosófica (Beardsworth, 2008; Biset, 2013). Como en todas las apropiaciones, la deconstrucción ha adquirido renovado carácter y hasta incluso cierta domesticación (Biset, 2020). El/la lector/a deberá tener en cuenta esta

nueva advertencia previo a buscar la autenticidad derridiana en las sinopsis que siguen, abocadas a subrayar el espíritu deconstructivo en los estudios posmarxistas y poscoloniales/decoloniales así como los derivados de la teoría *queer*.

3.1. EL PARADIGMA POSMARXISTA: DEMOCRACIA RADICAL Y POPULISMOS

Quisiéramos ahora referirnos a uno de los más importantes capítulos deconstructivos del posmarxismo en teoría política: *Hegemonía y estrategia socialista*. El objetivo central de aquel texto era fundamentalmente deconstruir el “paradigma político esencialista del marxismo clásico” (Laclau y Mouffe, 1987: 22): la concepción de un sujeto unitario y fundante (la clase social) y la lucha de clases entendida como legalidad necesaria de la Historia. Tras la Segunda Guerra, la disparidad se acrecienta y el campo de conflictividad social prolifera en múltiples luchas políticas (feminismo, ecologismo, movimientos contestatarios de minorías étnicas, indigenismo, movimientos de liberación nacional) irreductibles a una contradicción única y fundamental. En este contexto, Mouffe y Laclau invierten o, mejor dicho, advierten la inversión que acontece entre la esfera económica y la esfera política. Si para Karl Marx y los desarrollos marxistas, aun heterodoxos, el todo social podía ser representado a partir de una metáfora arquitectónica que lo dividía en una base o estructura económica (el lugar de las fuerzas y relaciones de producción) de la cual dependía una superestructura política (las relaciones no económicas, el derecho, la cultura y el Estado), el posmarxismo torna evidente cómo esa formulación se deconstruye. Es decir, se invierte la relación entre política y economía, pero sin detenerse allí. Ahora, una vez realizada la inversión, lo que se denuncia es la lógica misma de cualquier relación jerárquica y dicotómica entre economía y política y se procede a liberar una multiplicidad de conceptos —significantes de luchas políticas— que no podían ser aprehendidos por ella.⁴ En una discusión más cercana en el tiempo, por ejemplo, Laclau le imputa al filósofo esloveno Slavoj Žižek su desconocimiento respecto de esta operación.

La mayoría de estos términos provienen de una tradición marxista y Žižek los usa de manera un tanto acrítica. Algo que me sorprende bastante de su trabajo es el hecho de que, a pesar de su marxis-

4 Es importante señalar que, a pesar de este planteo temprano, Mouffe y Laclau han recibido numerosas críticas por no conseguir salirse de la relación entre política y economía de manera exitosa y haberse detenido en su inversión, es decir, en subordinar la lucha entre el capital y el trabajo a las *luchas por el reconocimiento* (Mouffe, 2019; Žižek, 2000).

mo declarado, no presta atención a la larga historia intelectual del marxismo, en el transcurso de la cual varias categorías que él utiliza han pasado por un proceso de reajuste, desplazamiento o —para expresarlo con un solo término— *han sido deconstruidas*. (Laclau, 2000: 205-206)⁵

La noción de hegemonía aparece así como un concepto clave para la deconstrucción. Si bien para Gramsci el centro hegemónico estaba asegurado por una clase social fundamental, también es cierto que la noción de hegemonía advertía ya en su obra respecto del síntoma del proceso deconstructivo que atravesaba el sujeto unitario (el proletariado). Más específicamente, incluso en los escritos de Gramsci, el término resultaba inescindible de la idea de articulación (que refería ya por entonces a la negociación entre grupos y luchas plurales).

Mouffe y Laclau llaman “articulación” a toda “práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica” (1987: 142-143). Entonces, la hegemonía debe seguir siendo entendida como una articulación. Pero lo que se articula, por un lado, no es un conjunto de identidades estables, fundadas de una vez y para siempre; y, por el otro, la fuerza “articulante” (por decirlo de algún modo) se constituye en el curso de la articulación. En otras palabras, el sujeto de la articulación no debe comprenderse como esencial ni puede deducirse *a priori* de ninguna ley histórica.

La articulación hegemónica se acerca así —según lo explicita *Hegemonía y estrategia socialista*— al concepto de discurso desplegado por Derrida en el ya mencionado texto sobre el estructuralismo de 1966, *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*. Como ya lo hemos mencionado, el discurso era allí un intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias de significantes y fijar un sentido último. Ese intento no constituye un centro *a priori*, como un principio subyacente, exterior a sí mismo:

... por un lado, el carácter abierto e incompleto de toda identidad social permite su articulación a diferentes formaciones histórico-discursivas —es decir, a “bloques”, en el sentido de Sorel y Gramsci; por otro lado, la identidad de la misma fuerza articulante se constituye en el campo general de la discursividad —lo que elimina toda referencia a un sujeto trascendental u originario. (Laclau y Mouffe, 1987: 155)

5 El resaltado es nuestro.

Laclau y Mouffe son muy enfáticos en remarcar la no-sutura de las configuraciones identitarias y discursivas. Justamente es el exceso de sentido de todo discurso (su afuera constitutivo) lo que habilita su subversión.

Dejamos aquí a un lado el lugar del antagonismo o la negatividad en la práctica de la articulación hegemónica (central a los desarrollos posteriores de Mouffe y Laclau), a los efectos de destacar una crítica muy regular de la propuesta de la democracia radical: se ha dicho que es exitosa a la hora de explicar la relevancia de nuevas luchas políticas (mediante la deconstrucción del concepto de clase social) pero inconsistente en ofrecer alguna clave teórica para distinguir entre articulaciones que subvierten la explotación y aquellas que la refuerzan (Casullo, 2019; Dussel, 2001; Žižek, 2000). Al rechazar todo intento de jerarquizar las demandas populares o de identificar anticipadamente su contenido concreto, este esquema formal incurre en un relativismo que se arriesga a dejar paso a un umbral de indiferenciación entre las distintas luchas, lo que puede generar articulaciones ineficaces o, incluso, contrarias a intereses emancipatorios.

Los trabajos de Mouffe y Laclau en torno a una democracia radical y plural son retomados en el estudio que ambos autores hacen del populismo. Tanto Laclau (2005) como Mouffe (2019) sostienen que el populismo no constituye un régimen político en particular, sino más bien una estrategia discursiva a partir de la cual se construye una frontera política que divide a la sociedad en dos campos y que llama a la movilización de los oprimidos contra aquellos en el poder; es un modo de hacer política que puede tomar varias formas ideológicas y que es compatible con distintos diseños institucionales.

En la escena nacional, distintos autores han recuperado y discutido estos estudios con una impronta derrideana que merece nuestra atención. Es el caso de *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo* (2013). Allí, tres investigadores del CONICET reflexionan en torno a los populismos a partir de la inversión de ciertas dicotomías que los habilita a identificar nuevos conceptos con fuerza explicativa.

Gerardo Aboy Carlés pone en cuestión la interpretación que equipara el populismo con la “construcción de un pueblo”, a la luz de los casos argentinos del yrigoyenismo y el peronismo, así como del varguismo brasileño y el cardenismo mexicano (2013: 20). Tomando cierta distancia de la definición laclausiana, diferencia “identidades políticas populares” de “populismo” y sostiene que éste no es sino una de las posibles formas que ellas pueden adoptar. Acto seguido, construye una tipología de identidades políticas populares en su relación con la comunidad en su conjunto. En primer lugar, “las identidades

totales”. Ellas expresan una diferencia política, un antagonismo en el más fuerte de los sentidos: no hay posibilidad de intercambio entre los dos espacios identitarios en pugna, solo queda el aniquilamiento, la extinción del antagonista. Ejemplos de este tipo son el nazismo y el estalinismo. En segundo lugar, el autor propone las “identidades parciales”, aquellas que no pretenden —como las primeras— colmar el campo identitario, coincidir perfectamente con él, sino más bien convivir, coexistir con identidades adversarias. Aquí Aboy Carlés señala lo que él considera un error en el planteo de *La razón populista*: no solo la lógica equivalencial implica extensión, sino también intensidad (2003: 33). No todo antagonismo es tan potente como para partir el campo político-identitario en dos. Uno de los ejemplos de este tipo es el Partido Socialista argentino en sus comienzos. Finalmente, las “identidades populares con pretensión hegemónica”, las más comunes del orden democrático liberal; ellas comprenden a los partidos políticos competitivos y a algunos movimientos sociales (2003: 34). Dentro de este tercer tipo de identidades populares, Aboy Carlés ubica, a contramano de la línea interpretativa que los definiría como identidades totales, a los populismos latinoamericanos. Esta lectura no solo discrimina entre identidades populares e identidades populistas, sino que considera a las segundas como un subtipo desprendido de uno de tres tipos ideales.

Observemos el movimiento de inversión comprendido en la descripción precedente. Si Ernesto Laclau entiende el populismo como el momento de construcción de un pueblo, subordinando toda identidad popular a la lógica populista al punto de homologar ésta última a la forma misma que adopta la política en las sociedades contemporáneas, Aboy Carlés propone —o advierte— una relación opuesta: son las identidades populistas las supeditadas a las identidades políticas populares y es esa inversión la que le permite desplegar la tipología expuesta.

Una inversión similar es sostenida en la contribución de Sebastián Barros, quien desarrolla la distinción entre lo populista y lo popular colocando la categoría psicoanalítica de “identificación” en el centro de la operación política. Las identificaciones populares son, para Barros, aquellas que se desprenden de una demanda con dos características fundamentales: 1) la pretensión de acceder a la representación política, de constituirse como una voz legítima entre todas las que componen la esfera pública y 2) la presentación de un daño infligido por la propia comunidad a la que se le está demandando pertenecer. Los efectos de la emergencia de estas demandas en la comunidad política irrumpen en forma de dislocación: tensando, extendiendo y redefiniendo los límites de sentido comunitarios y ampliando el *demos* legítimo. Esta redistribución de los lugares sociales en la comunidad política no involucra necesariamente una articulación de corte populista, sino que —al igual

que en el desarrollo de Aboy Carlés— ésta solo se presenta como una de las opciones disponibles. La distinción entre la lógica populista y el resto de los modos de articulación de demandas populares reside en el modo de relación entre las partes y el todo, entre la *plebs* y el *populus*, entre un universal y un particular. Lo específico en el populismo es el sostenimiento de una frontera interna a la social que supone un sujeto otrora excluido y ahora incorporado a la vida política, separado por esta escisión de su adversario. Esta relación vibrante y polarizada entre adversarios políticos legítimos es lo que Chantal Mouffe (1999; 2014) ya había identificado como “democracia agonista”.

Por su parte, Julián Melo analiza discursos de políticos en la Argentina entre 1946 y 1949 para afirmar que el histórico clivaje peronismo/antiperonismo no debería ser comprendido en términos de populismo/antipopulismo. El politólogo rechaza la imagen de dos campos perfectamente delimitados, opuestos radicalmente por un límite infranqueable; en su lugar adopta la visión de dos entramados identitarios con núcleos orientadores compartidos. No solo competían ambos grupos por el mismo electorado, sino por la construcción del mismo sujeto: sus gramáticas “aludían al pueblo como sujeto histórico de redención nacional” (Melo, 2003: 76). No se trataría entonces de la extendida escena de un peronismo populista y un antiperonismo no-populista, sino de dos populismos o, al menos, de dos grupos heterogéneos con elementos populistas en común.

3.2. EL PENSAMIENTO POSFUNDACIONAL

La tarea de trascender los resabios cientificistas de la posguerra no solo fue emprendida por el posestructuralismo, sino también, nos revela Oliver Marchart, por el posfundacionalismo. Posestructuralismo y posfundacionalismo comprenden dos giros, dos movimientos solapados en varios de sus elementos, pero independientes en su especificidad. A diferencia de la primera, esta corriente no es tan deudora del estructuralismo francés como lo es de la obra del filósofo alemán Martin Heidegger, cuyas reprochables opciones políticas no impidieron que otros autores retomaran su filosofía, imprimiéndole una orientación más progresista, plasmada en un “heideggerianismo de izquierda”, como el del propio Marchart, o, por qué no, tamizado por la obra de Derrida, que agrupa a autores como Jean-Luc Nancy, Alain Badiou, Claude Lefort y el propio Laclau.

El pensamiento político posfundacional emerge en la introducción de una escisión en el seno de la política. Las oposiciones movilizadas por la teoría política desde la modernidad (política/economía, política/sociedad) suponían la existencia de algún fundamento capaz de suturar el todo social, de lograr la identidad de la sociedad consigo misma. Es

a causa de una “parálisis en la teoría política y social convencional” (Marchart, 2009: 18) que los autores mencionados reparan en una *différance* al interior del concepto “política”, generando una distinción entre lo que dieron por llamar “la política” y “lo político”, coincidente con los niveles óntico y ontológico respectivamente. Si bien cada uno dota ambos términos de un sentido particular, “la política” suele hacer referencia a las distintas prácticas y/o instituciones políticas que buscan estabilizar y fundar efectivamente la sociedad, mientras que “lo político” se introduce como la conflictiva imposibilidad de una fundación definitiva, como la irrupción de un fundamento que solo emerge en tanto que perdido, en tanto que ausente. Esta premisa está en la base del pensamiento derrideano; el movimiento de la deconstrucción acontece en una realidad siempre-ya descentrada, carente de un centro capaz de fundarla pero que, en tanto ausente, demanda ser representado. La categoría de representación como “suplemento”, recuperada de Derrida (2003), refiere, en primer lugar, a una entidad que está siempre signada por una falta, a una sociedad-incompleta, distinta de sí misma, como dirían los posfundacionalistas. En segundo lugar, la categoría de suplemento alude a un exterior constitutivo, es decir, a una entidad abyecta o expulsada de una estructura de signos o de una cadena de significantes; y que permite el cierre provisorio de esa cadena o estructura. Toda identidad (y toda identidad política) es constituida a partir de la demarcación respecto de otra entidad, cuya expulsión de un determinado entramado simbólico o significativo permitirá cerrar contingentemente ese campo y dotarlo, aunque precariamente, de una identidad.

Lo que tiene lugar en este escenario, está claro, son las luchas políticas, desplegadas en el afán imposible de colmar ese vacío fundamental (y de fundamento) inherente a toda sociedad. No es sino a esto (aunque no únicamente) a lo que se refieren Mouffe y Laclau con “lucha por la hegemonía”.

3.3. PENSAMIENTO POSCOLONIAL

Gran parte de los actuales estudios poscoloniales reconocen su origen en el clásico *Orientalismo* (1978) de Edward Said. En ese texto, Said lleva adelante un ejercicio que fácilmente puede identificarse como deconstructivo: identifica la oposición Occidente-Oriente, o directamente el “orientalismo”, como una invención discursiva de origen francés y británico, prorrogada en la contemporaneidad por Estados Unidos. En esta invención, Oriente es siempre colocado como lo Otro de Occidente. El orientalismo es así definido por Said como un discurso que incluye textos literarios e imágenes, así como documentos académico-especializados e histórico-imperialistas que no solo confunden las diferencias

entre Asia y Medio Oriente sino que también resultan estructurantes de la realidad material europea y norteamericana: “Oriente es una idea que tiene una historia, una tradición de pensamiento, unas imágenes y un vocabulario que le han dado una realidad y una presencia en y para Occidente” (Said, 2002: 24). Oriente es lo que Europa no es o lo que ha dejado de ser. De esta manera el orientalismo se pone al servicio de los intereses imperialistas del norte global.

Otra autora de la poscolonialidad que ha echado mano de una estrategia deconstructiva es Gayatri Spivak. En “¿Puede el sujeto subalterno hablar?” (1985), Spivak define la poscolonialidad como una ideología imperialista que persiste en las ex-colonias y que se materializa en prácticas, costumbres y una mirada subestimadora de lo autóctono. En otras palabras, ella no está tan interesada por cómo Inglaterra define a la India sino cómo su mentalidad intrusiva ha expropiado a los indios de agencia y discurso; el “sujeto colonizado” es “hablado” por el colonizador.

Según Spivak, algunos discursos romantizadores del mundo pre-intrusivo plantean la necesidad de una “vuelta atrás” al sujeto “original”, previo a la conquista. No obstante, sostiene que esto no solo es imposible sino también problemático, en la medida en que repite el ejercicio discursivo esencializante del colonizador. El colonizador ve a todas sus colonias como “Las Indias” (la confusión de Colón al llegar a América es una expresión de este evento); el Otro es siempre un otro (biológicamente) racializado, siempre igual a sí mismo. La autora plantea en este punto que el discurso colonial de la dominación se combate solo *en la poscolonialidad*, desde el interior del discurso dominante —el único verdaderamente existente— y no saliendo a buscar la figura “ya perdida”, original o esencial del “colonizado”. La colonia ya nos ha modificado, pero felizmente esta consciencia de la transformación es la que nos permite poner en jaque los binarismos de lo Uno y lo Otro. No tenemos otra voz que la que tenemos como sujetos subalternos, pero es necesario producir esa voz como diferencia, “como una voz delirante en nosotros mismos” (Spivak, 1998: 43).

3.4. FEMINISMO Y DECONSTRUCCIÓN: JUDITH BUTLER

En su pionero *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (2007), Judith Butler propone un nuevo giro sobre la oposición moderna naturaleza vs. cultura. Butler reconoce al feminismo el haber desarrollado una de las más importantes críticas, tanto a esa oposición, como al derivado determinismo biologicista. Las características sociales de las mujeres no deben deducirse del hecho de su fisiología (Beauvoir). Ahora bien, ¿es la fisiología un hecho inapelable, un punto de partida, un grado cero para comenzar a pensar los roles culturales? He aquí

la inversión butleriana: los cuerpos no deben ser comprendidos como una materialidad meramente fáctica, sino que ellos ya están adaptados a un modelo de inteligibilidad, inaugurado en el siglo XVIII por los saberes científico-médicos.⁶

Ahora bien, recordémoslo, la empresa deconstructiva no termina con la inversión de los opuestos: si el sexo (la mentada “naturaleza”) es una lectura sesgada, derivada de un dispositivo de saber científico-médico (cultural), pues entonces no solo no puede afirmarse la existencia de dos únicos sexos, sino que la binarización parece ser también una construcción. En este sentido, Butler descubre una grave inconsistencia en los discursos médicos y biológicos del dimorfismo sexual: la dificultad para establecer criterios cromosómicos y genitales, dada la enorme heterogeneidad de los datos en los diferentes cuerpos. Esta binarización ha traído aparejada la intervención, amputación y privación del goce sexual a personas intersexuales. Pero, además, la binarización supone una “sustancialización metafísica” con el género y el deseo de esos cuerpos interpretados como sexuados. Existen expectativas sociales para que los sujetos respondan a la exigencia metafísica del sexo asignado médicamente: que se comporten de determinada manera (género) y que deseen al mentado “sexo opuesto”.

En consecuencia, Butler “deconstruye” tres oposiciones metafísicas, fundadas en un biologicismo esencializante: a) varón-mujer, b) masculino-femenino y c) heterosexual-homosexual. Esos binarismos no resultan solamente normativos en la medida en que ocultan la jerarquía de un polo sobre el otro, sino que también ocultan lo exterior constitutivo de los propios binarismos: a) lo intersexual; b) las asunciones de género no coincidentes con el sexo asignado al nacer; y c) la multiplicidad del deseo y las prácticas sexuales. Del mismo modo que Spivak, Butler cree que el sujeto subalterno no está construido de una vez y para siempre sino performativamente, es decir, todo el tiempo, en la medida en que este sujeto “actúa” la norma, hace lo que se espera de él o ella. De manera que hay un modo de subvertir esta norma a cada

6 También en el prefacio a *El género en disputa* Butler subraya la influencia de Derrida en su propia teoría de la performatividad: “Originalmente la pista para entender la performatividad del género me la proporcionó la interpretación que Jacques Derrida hizo de ‘Ante la ley’ de Kafka” (2007: 17). En la teoría de los actos de habla, Austin había planteado que un acto performativo es una práctica discursiva que hace o produce aquello que nombra. En “Firma, acontecimiento, contexto”, Derrida (1994) se pregunta de dónde proviene el poder, la fuerza que tiene un acto performativo, y responde que no proviene de una voluntad originante (como lo pretendía Austin) ni tampoco de la autoridad de quien la dice (Bourdieu) sino que su fuerza proviene de una codificación, de una norma que supone la repetición de prácticas (en el caso de Derrida, discursivas). Los enunciados performativos son actos de habla porque resultan identificables con una cita.

momento, no enfrentándola (tarea imposible, dado que la norma nos constituye) sino mediante parodias. Por caso, le interesa a Butler la interpretación paródica de la norma que puede hacer, por ejemplo, una mujer cis que interpreta (*plays*) un estilo *butch* o una lesbiana *femme*.

Pese a la impugnación de constructivista radical, Butler no cree que “las mujeres”, “los gays”, “las personas trans” no existen; su planteo se dirige a señalar que la esencia femenina, gay o trans (como lo han querido no solo los discursos médicos sino también los propios discursos feministas) no debería ser el punto de partida de ninguna teoría emancipatoria. Su existencia innegablemente subalterna en tanto que “mujeres”, “gays”, “lesbianas”, “trans”, es un efecto de una serie de relaciones y prácticas del poder y, por cierto, resulta políticamente productivo advertirlo.

En este punto, la teoría materialista butleriana ofrece una oportunidad para poner en jaque al relativismo deconstructivo. Es necesario un desmontaje de la noción de materialidad para lograr abordar de modo más acabado las exclusiones sociales existentes, que el feminismo —sin dudas— también corre el riesgo de performar. Butler sostiene que aquellos discursos que recurren a la materialidad para designar lo no-discursivo, lo opuesto a lo discursivo (por ejemplo: la genitalidad o las diferencias cromosómicas) incurren en una metafísica. Como hemos visto, los esfuerzos de la ciencia por determinar la diferencia sexual, material y prediscursiva se encuentran plagados de inconsistencias. El sexo (la materialidad) constituye también un discurso. No obstante, esto no echa por tierra la potencia de la materialidad. Una vez más, Butler echa mano de Derrida (*Posiciones*) y afirma que: “Poner en tela de juicio un supuesto no equivale a desecharlo; antes bien, implica liberarlo de su encierro metafísico (...) y permitir, en consecuencia, que el término ocupe otros espacios y sirva a objetivos políticos muy diferentes” (2018: 56-7).

La deconstrucción de la noción de materia (ya no opuesta al lenguaje) permite a Butler señalar no solo el proceso por el cual las mujeres llegan a ser mujeres, sino también cómo se materializa “lo abyecto”, lo que cae por fuera de “lo material pre-discursivo” y que tiene una existencia muy real: lo *queer*. Este nuevo materialismo butleriano ofrece una explicación sobre el modo en que se construye hegemoníicamente la legibilidad de los cuerpos y cómo esta legibilidad supone la explotación, la laceración, la injuria y el daño de muchos de ellos. En una palabra, Butler ofrece una vía para des-relativizar la situación material de determinados sujetos.

4. CONCLUSIONES

El impacto que ha tenido la deconstrucción sobre el pensamiento contemporáneo es evidente a la luz de los múltiples desarrollos que ella ha inspirado, así como de las críticas recibidas. Nada es igual en la literatura, en el psicoanálisis, en la filosofía, en el feminismo y en el pensamiento político desde la irrupción de la obra de Jacques Derrida en la reflexión occidental.

Hemos señalado tres tesis definitorias del movimiento posestructuralista y ubicamos a la deconstrucción como una expresión eminente de ese movimiento. La obra de Derrida es probablemente la expresión más grande de la crítica a los contenidos metafísicos del pensamiento moderno (tercera tesis). La metafísica filosófica tiene reverberación en las prácticas sociales y, en ese sentido, la preocupación por lo que hace la filosofía en cuanto *discurso* tiene una relevancia política a veces desdibujada en el lenguaje encriptado de Derrida. Un texto como este, que busca volver llano lo que está plagado de matices, es cierto, pierde riqueza en algunos aspectos, pero puede ganarla en otros. Abordamos la noción de deconstrucción en los términos en que ella es presentada en *Posiciones*, esto es: como estrategia de lectura, que implica el reconocimiento de una oposición estable, la denuncia de la jerarquía de un polo sobre el otro y el señalamiento de aquello que queda excluido de la díada. La relevancia de este ejercicio para la teoría política de fines del siglo XX y principios del XXI no puede dejar de afirmarse a pesar del propio Derrida: la deconstrucción ha sido pura ganancia para la desesencialización teórica de las relaciones de dominación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, Gerardo (2013). De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la *plebs*. En Gerardo Aboy Carlés (Comp.), *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Avellaneda: UNDAV Ediciones.
- Álvaro, Daniel (2017). Sociología y deconstrucción. Cuestiones de método. *Cuadernos de Teoría Social*, 3 (5), 8-34.
- Barros, Sebastián (2013). Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas. En Gerardo Aboy Carlés (Comp.), *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Los polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Avellaneda: UNDAV Ediciones.
- Beardsworth, Richard (2008). *Derrida y lo político*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Benhabib, Seyla (1995). Feminism and Postmodernism. En Judith Butler, Seyla Benhabib y Nancy Fraser, *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange* (pp. 17-34). Nueva York: Routledge.
- Biset, Emmanuel (2013). Derrida y lo político. *Confines*, 30, 23-37.
- Biset, Emmanuel (2020). Prefacio. En Ana P. Penchaszadeh y Emmanuel Biset (Comps.), *Soberanías en deconstrucción* (pp. 9-29). Córdoba: UNC.
- Butler, Judith (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Butler, Judith (2018). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith; Benhabib, Seyla y Fraser, Nancy (1995). *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*. Nueva York: Routledge.
- Caputo, John (1987). *Radical Hermeneutics. Repetition, Deconstruction and the Hermeneutic Project*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- Casullo, María Esperanza (2019). *¿Por qué funciona el populismo?*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Culler, Jonathan (1998). *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra.
- Derrida, Jacques (1982). *Positions*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Derrida, Jacques (1988). *Mémoire pour Paul de Man*. París: Galilée.
- Derrida, Jacques (1989a). El tiempo de una tesis: puntuaciones. *Anthropos*, 93, 47-89.
- Derrida, Jacques (1989b). *La escritura y la diferencia*. (Trad. P. Peñalver). Barcelona: Anthropos.
- Derrida, Jacques (1994). *Márgenes de la filosofía*. (Trad. C. González Marin). Madrid: Cátedra.
- Derrida, Jacques (2000). *Introducción a: El origen de la geometría de Husserl*. (Trad. D. Cohen). Buenos Aires: Manantial.
- Derrida, Jacques (2003). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Derrida, Jacques (2016). Carta a un amigo japonés. En *Derrida. Estudio preliminar y selección de textos de G. Balcarce* (pp. 133-141). Buenos Aires: Galerna.
- Descombes, Vincent (1988). La diferencia. En *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)* (pp. 179-217). Madrid: Cátedra.
- Dosse, François (1997). *History of Structuralism. Volume 1. The rising sign, 1945-1966*. (Trad. D. Glassman). University of Minnesota Press.

- Dussel, Enrique (2001). Pueblo y hegemonía. Una conversación con Ernesto Laclau. En *Hacia una filosofía política crítica* (pp. 183-220). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Ferro, Roberto (2009). *Derrida. Una introducción*. Buenos Aires: Quadrata.
- Flax, Jane (1991). *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism and Post-Modernism in the Contemporary West*. Berkeley: University of California Press.
- Habermas, Jürgen (1981). Modernity versus Postmodernity. *New German Critique*, 22, 3-14.
- Laclau, Ernesto (2000). Estructura, historia y lo político. En Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 185-214). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lyotard, Jean-François (1987). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Marchart, Olivier (2009). *El pensamiento posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Melo, Julián (2013). La frontera invisible. Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949). En Gerardo Aboy Carlés (Comp.), *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Avellaneda: UNDAV Ediciones.
- Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- Mouffe, Chantal (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, Chantal (2019). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Penchaszadeh, Ana Paula (2011). Política, don y hospitalidad en el pensamiento de Jacques Derrida. *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, 44, 257-271.
- Peretti, Cristina (1989). *Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.
- Rossello, Diego (2012). Hobbes and the Wolf-Man: Melancholy and Animality in Modern Sovereignty. *New Literary History*, 43 (2), 255-279.

Said, Edward (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.

Sarup, Madam (1993). *An Introductory Guide to Post-Structuralism and Postmodernism*. Londres: Longman/Pearson.

Spivak, Gayatri (1998). ¿Puede hablar el sujeto subalterno?. *Orbis Tertius*, 3 (6), 175-235.

Žižek, Slavoj (2000). ¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!. En Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 95-140). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

Germán Aguirre. Político por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Teoría Política y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Alejandro Cantisani. Político por la Universidad de Buenos Aires. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Lucía Carello. Política por la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Teoría Política de la Universidad de Buenos Aires.

Franco Castorina. Político por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Teoría Política y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Sofía Colias. Política por la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Teoría Política de la Universidad de Buenos Aires.

Nicolás Fraile. Político por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Teoría Política y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Ramiro Kiel. Político por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Teoría Política y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Daniela Losiggio. Política por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Sociología de la Cultura por la Universidad Nacional de San Martín y Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Octavio Majul. Politólogo por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Teoría Política y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Sabrina Morán. Politóloga por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Ciencia Política por la Universidad Nacional de San Martín y Doctoranda en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Luciano Nosetto. Politólogo por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Ciencia Política por la Universidad Nacional de San Martín y Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

María Cecilia Padilla. Politóloga por la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Ciencia Política por la Universidad Nacional de San Martín y Doctoranda en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Emilse Toninello. Politóloga por la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Teoría Política y Doctoranda en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Tomás Wieczorek. Politólogo por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Ciencia Política por la Universidad Nacional de San Martín y Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Luca Zaidan. Politólogo por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad por la Universidad de Buenos Aires.

Este manual ofrece un catálogo de las principales apuestas de método que caracterizan a la subdisciplina de la teoría política, a saber: historia de las ideas, historia intelectual, historia conceptual, hermenéutica, comprensión del acontecimiento, deconstrucción, arqueología, genealogía y teoría crítica. El inventario propuesto pretende dar cuenta de la variedad de perspectivas actuales, sin intentar forzar una decisión excluyente por un método determinado en detrimento de otros. Más bien, los ejemplos abordados a lo largo de los capítulos invitan a explorar el rendimiento heurístico de la combinación e hibridación metodológica al momento de conducir investigaciones concretas.



COLECCIÓN IIGG-CLACSO



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | GINO
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais